

antes de exhalar el último suspiro, el segundo de los siete hijos dijo al Rey: Nos quitas la vida presente, pero el Rey del mundo, por cuya gloria morimos, nos resucitará un día para la vida eterna. El tercero añadió con una confianza admirable: He recibido estos miembros del cielo, y los sacrificio ahora en defensa de las leyes de Dios, porque espero que me los devolverá un día. Igual lenguaje usaron los demás, manifestando todos igual firmeza; y su admirable madre al exhortar á sus piadosos hijos á morir con valor les dijo: El Criador del mundo os devolverá el espíritu y la vida por su misericordia. Esta firme mujer sufrió la muerte con un valor que admiró al tirano. Feliz madre de siete mártires, justo era que compartiese su corona. Sufrir cristianamente es la condicion de una resurreccion gloriosa.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme comunicado por medio de vuestra santa gracia el germen de una vida nueva; haced, Dios mio, que viva y muera santamente, á fin de resucitar gloriosamente.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *pediré cada dia la gracia de una buena muerte.*

LECCION XXVII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

Artículo duodécimo del Símbolo. — Certeza de la vida eterna. — Definicion. — Naturaleza. — Felicidad esencial de los Santos. — Felicidad accidental. — Aureolas. — Cuarto beneficio de la Iglesia. — Obligacion de profesar la fe.

El artículo duodécimo del Símbolo se desprende naturalmente del anterior, y es el glorioso remate de la fe católica. Despues de haber hablado de la resurreccion de los verdaderos hijos de la Iglesia, era necesario que los Apóstoles nos manifestasen lo que está reservado á los que tengan la dicha de ser partícipes de ella, y nos lo dicen nombrando en seguida la vida perdurable. Esta consoladora verdad está colocada al fin del Símbolo para recordar al hombre: 1.º que el cielo es su fin; que para esto le ha criado el Dios Padre, le ha redimido el Dios Hijo, le ha santificado el Dios Espíritu Santo, y le alimenta y protege la Iglesia como á un hijo adorado, de modo que todas las obras de la santísima Trinidad, explicadas en los artículos anteriores, tienden á este mismo fin; 2.º que el cielo debe ser el objeto de todos sus pensamientos, de todas sus acciones, el término final de su vida, así como será la recompensa de su fidelidad. ¡Quiera Dios que así sea para mí y para todas aquellas personas que me son queridas!

Decimos, *creo en la vida perdurable*, para indicar que ponemos sobre toda clase de dudas el que despues de la vida presente hay otra que jamás tendrá fin, que estará llena de todos los bienes del alma y del cuerpo, y de la que gozarán los justos, cada uno segun sus méritos. Lo mismo que la eternidad desgraciada, la eternidad feliz ha sido objeto de la creencia de todos los pueblos desde el principio del mundo, como lo prueban los historiadores, poetas, monumentos, libros usos religiosos de la antigüedad. Sin embargo, como otras, esta verdad habia sido oscurecida por las pasiones; siendo necesario que Jesucristo Señor nuestro la proclamase de nuevo, y la pusiese á cu-

bierto de todas las contradicciones humanas. Así lo hizo, declarando en términos expresos que los *justos irán á la vida eterna*¹, y los Apóstoles continuaron su enseñanza, incluyendo en el Símbolo las palabras de su Maestro.

Estas palabras *vida perdurable* no designan únicamente la eternidad de los Santos, sino también la eternidad de su dicha; la principal razón que ha hecho que se llamase así la felicidad suma, es la de alejar del todo la idea de que pudiese consistir en cosas corporales, frágiles y de una duración limitada. Las palabras *vida perdurable* nos advierten además de que una vez adquirida la felicidad, no podrá jamás perderse; ahora bien, la felicidad propiamente dicha comprende todos los bienes sin mezcla alguna de mal, y debiendo colmar todos los deseos del hombre, es preciso que sea eterna; de otro modo el temor y la ansiedad serían para los elegidos un tormento inevitable.

Finalmente, la expresión de *vida perdurable* es muy propia para hacernos concebir cuán grande es la felicidad de los Santos en el cielo. La vida es el mayor de los bienes que podemos naturalmente desear, y bajo este aspecto nos es presentada la felicidad cuando es llamada la vida perdurable, la vida por excelencia, la vida propiamente dicha. «Siempre, dice san Agustín, que veais el nombre de «vida en la Escritura, alejad de vuestra mente toda idea de pena y «de tormento; pues estar continuamente en medio de los tormentos «es no una vida, sino una muerte eterna. Los sagrados Libros llaman «á esto una segunda muerte, la que vendrá despues de la que vivimos en la tierra; y si bien se llama segunda muerte, nadie muere «en ella, ó, mejor sería decir que nadie vive, pues repito que vivir «continuamente entre dolores no es vivir. Hé aquí por qué la Escritura dice: *Aquellos que habrán hecho bien vendrán á la resurrección «de la vida*; advirtiendo que no dice de la vida bienaventurada, pues «el solo nombre de vida significa la beatitud².» Si, pues, lo que más amamos es esta vida tan corta y calamitosa, sujeta á tantas miserias, y tan digna de ser llamada una verdadera muerte, ¿con qué celo, con qué ardor deberémos buscar la vida eterna, en que exen-

¹ Et ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam. (Matth. xxv, 46).—Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. (Sap. iii, 1).

² Lib. II De Civit. Dei, c. 18.

tos de todos los males gozaremos de la perfecta abundancia de todos los bienes?

Pero ¿cómo explicar la naturaleza de esta vida? No hay lengua humana que pueda conseguirlo. San Pablo nos asegura que los ojos del hombre no han visto, que sus oídos no han oído, que su corazón no ha deseado jamás nada semejante á la felicidad que Dios reserva á sus justos durante la eternidad. Contentémonos con balbucear sobre ello algunas palabras, y digamos en general que la felicidad de la vida eterna comprende de una parte la carencia de todos los males, y de otra el goce de todos los bienes.

1.º La carencia de todos los males. En el Apocalipsis se dice expresamente que los bienaventurados *no tendrán hambre ni sed; que no les incomodarán ni el sol ni los vientos abrasadores; que Dios enjugará las lágrimas de sus ojos; que la muerte no será ya mas; que no habrá mas llanto, ni clamor, ni dolores*¹.

2.º El goce de todos los bienes. Nuestro Señor nos lo revela con estas admirables palabras: ¡Valor! dice, *fiel y leal servidor, entrad en la alegría de vuestro amo*²; de modo que la alegría de los bienaventurados es tan inmensa, que no puede entrar en los corazones, sino que éstos deben entrar en ella, quedando rodeados y penetrados de la misma, y perdidos y abismados en ella como el pez en medio del inmenso Océano; en una palabra, serán felices y quedarán enteramente saciados. ¿Cómo se verificará tan delicioso misterio? por la participación en las dos clases de bienes que componen la bienaventuranza eterna, bienes que pueden ser *esenciales ó accesorios*.

La verdadera bienaventuranza, la que podemos llamar esencial, consiste en la visión de Dios y en el conocimiento de su infinita belleza, origen de todas las hermosuras y amabilidades creadas: verémos á Dios cara á cara, tal como es; le poseerémos, le amarémos sin temor alguno de perderle jamás. Verémos al Padre todopoderoso que nos ha criado, al Hijo infinitamente sabio que nos ha redimido, y al Espíritu Santo infinitamente bueno que nos ha santificado³; y no solo verémos á Dios, sino que le amarémos y poseerémos sin temor de perderle. Sin embargo, la felicidad de los Santos no será igual, y si arreglada al mérito de cada uno, sin que ésta des-

¹ Apoc. xxi, 4.

² Matth. xxv, 21.

³ Sobre el modo cómo verémos á Dios, véase Nat. Alex. De Symb. pág. 370.

igualdad cause jamás celos ni disminuya en nada la felicidad de nadie; todos estarán contentos, pues cada Santo conocerá del modo mas evidente que Dios le recompensa en proporcion de sus méritos. Lo mismo que sucede entre nosotros sucederá en la casa bienaventurada del Padre de familia; cuando un padre da á dos de sus hijos un vestido de la misma tela, el mas jóven no envidia el vestido de su hermano aunque coja mas tela que el suyo, pues sabe que no guardaria proporcion con su talla; del mismo modo, el dedo no está celoso de la cabeza porque ésta ostenta una diadema, del mismo modo que la cabeza no está celosa del dedo porque lleve éste un anillo.

No es esto todo; no solo veremos á Dios, origen de toda belleza; no solo poseeremos á Dios, origen de todo bien; no solo amaremos á Dios, origen de todas las delicias, sino que seremos semejantes suyos¹. Es cierto que los Santos conservan siempre su propia sustancia, pero reciben una fuerza admirable y como divina, que les hace asemejar mas á dioses que á hombres. Si bien el lenguaje humano es impotente para explicar tan grande maravilla, vemos, sin embargo, en las cosas sensibles alguna imagen de lo mismo. El hierro puesto al fuego toma lá forma de fuego, y, aunque su sustancia no se haya alterado, parece sin embargo cambiada y reducida á fuego; del mismo modo los Santos, introducidos en la gloria celeste, están de tal manera inflamados por el amor de Dios, que sin embargo de no haber cambiado de naturaleza, son muy distintos de los que habitan en la tierra, así como el hierro candente se distingue del que está frio. Para decirlo todo en una palabra, la felicidad suma y absoluta que llamamos esencial consiste en la posesion de Dios; y ¿qué puede faltar á la perfecta dicha de aquel que posee al Dios bueno y perfecto por excelencia?

En cuanto á los bienes accesorios, seria tarea infinita enumerarlos, y hasta es imposible conocerlos todos: lo que debemos saber es que todas las clases de bienes y de placeres que es posible desear y gustar en la tierra, ya sean espirituales, ya corporales, los poseeremos con toda abundancia, pero de un modo tan elevado é incomprendible que *ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazon de hombre subió*². Para explicarlo algo, diremos que la felicidad accidental de los San-

¹ I Joan. III, 2.

² I Cor. II, 9.—Véanse mayores explicaciones sobre nuestro estado futuro en la última leccion del Catecismo, t. VIII.

tos es una consecuencia de la felicidad esencial de que gozarán, y esta felicidad consiste en la completa satisfaccion de todos los deseos que el hombre, hecho semejante á los Ángeles, puede formar para su cuerpo y para su alma. Añadamos que el alma bienaventurada gozará de tres dones ó cualidades elevadas á su mas alta perfección: la *vision*, la *comprension* ó la *posesion*, y la *fruicion*, magnífica recompensa de las tres virtudes teologales; la vision es la facultad de ver á Dios cara á cara, y será la recompensa de la fe; la comprension es la facultad de poseer á Dios como sumo bien, y será la recompensa de la esperanza; la fruicion es la facultad de gozar deliciosamente de Dios, principio y fin de todo amor, y será la recompensa de la caridad¹. Estas tres inefables felicidades serán tanto mas grandes, en cuanto habrémos practicado con mas perfeccion las tres virtudes cuyo premio serán.

Debemos añadir tambien que el cuerpo gozará de cuatro cualidades: la claridad, la agilidad, la sutilidad y la impasibilidad, segun lo hemos explicado en el artículo anterior, y además que el cuerpo y el alma de ciertas clases de bienaventurados gozarán de una gloria particular llamada *auréola*. «La auréola, dice santo Tomás, es la recompensa privilegiada de una victoria privilegiada, «y así como hay tres victorias privilegiadas en los tres grandes combates que debe el hombre sostener en la tierra, hay tambien tres auréolas. En los combates contra la carne, la victoria privilegiada, es decir, la mas excelente, es la virginidad; en los combates contra el mundo, la victoria privilegiada, puesto que cuesta al vencedor su sangre y su vida, es el martirio; en los combates contra el demonio, la victoria privilegiada, puesto que arroja el espíritu de tinieblas y de mentira no solo de nuestro corazon, sino tambien del corazon de los otros, es la predicacion. Así gozarán de la auréola en el cielo tres órdenes de Santos: los Virgenes, los Mártires y los Doctores; comprendiendo en esta última clase á los predicadores, á los catequistas, en una palabra, á todos aquellos que enseñan con sus palabras ó con sus escritos las verdades de la salvacion².»

¹ Et sic dotes tres respondent tribus virtutibus theologicis: scilicet *visio fidei*; *spei* vero *comprehensio*; *caritati* vero *fruitio* vel *delectatio*. (S. Thom. 3 p. q. 95, art. 5).

² Auréola est quoddam privilegiatum præmium privilegiatæ victoriæ respondens, etc. (3 p. q. 96, art. 11).

Veamos ahora qué cosa será esta auréola, y qué ventajas procurará á los Santos que de ella estén favorecidos. La auréola será un rayo mas brillante de la gloria esencial de los Santos; para el alma será una felicidad exclusiva y particular en relacion con la victoria cuya recompensa sea; para el cuerpo será un brillo mas vivo que dará á conocer entre todos los bienaventurados á los Vírgenes, é los Márties y á los Doctores ¹.

La auréola de los Vírgenes será una luz de una blancura brillante que los rodeará como de una nube diáfana, al través de la cual se verá la intachable pureza de su alma, la que les atraerá la admiracion y el respeto de toda la Jerusalem celestial, con el particular amor de nuestro Señor, á quien acompañarán en todos sus pasos, cantando el eterno himno de su doble victoria, es decir, de la doble integridad de su cuerpo y de su alma ².

La auréola de los Mártires será una luz de color de púrpura y de rosa, que envolverá sus cuerpos haciendo aparecer con mas radiante brillo sus gloriosas cicatrices; por ella serán reconocidos y admirados como los héroes de la fe, y merecerán favores especiales de parte de la augusta Trinidad, y especialmente de nuestro Señor Jesucristo, el Rey de los Mártires ³.

La auréola de los Doctores será una luz semejante, segun la Escritura, por el brillo y el color á la de las estrellas del firmamento, la que les hará reconocer á lo léjos como á los bienhechores astros cuyos rayos disiparon las tinieblas de la ignorancia y del error, que acumulaba el demonio al rededor de la Iglesia militante, esforzándose en hacerlas penetrar en cada hombre que llegaba á este mundo ⁴.

Añadamos finalmente, ya para manifestar la admirable caridad que hará de todos los Santos un solo corazon y una sola alma, ya para consolarnos de la muerte de nuestros parientes, excitar en nosotros el deseo del cielo y regocijarnos de la proximidad de nuestra muerte, que la gloria accidental de los Santos irá aumentando cada dia, cada hora, desde su entrada en el cielo hasta el fin del mundo. Una sencilla comparacion nos hará comprender tan embelesadora

¹ Soto. *In iv, dist. 49.*

² Apoc. xiv *Gloss. in hunc. loc.*

³ S. Aug. *Serm. 1 de Sanct.*

⁴ Dan. xii, 3.

idea: Suponed que un hombre entre en un estanque donde el agua le llegue hasta la cintura; cuantos mas hombres entren en el mismo estanque despues de él, mas se elevará el agua, sin que por esto su cantidad haya aumentado ni disminuido. Así es que aunque en el cielo la gloria esencial, es decir, la felicidad de ver y de poseer á Dios, sea siempre la misma, á medida que llegan nuevos bienaventurados, el placer de ver nuevos compañeros de su felicidad aumenta realmente la felicidad de los Santos.

La perspectiva de la felicidad del cielo debe excitar en nuestra alma un reconocimiento tanto mayor, en cuanto la vida eterna es el cuarto beneficio de la Iglesia, cuyos hijos somos. En efecto, el cielo solo será para los justos; los justos son los que han muerto despues de haber sido purificados del pecado original y del pecado actual; y ya hemos demostrado que el perdon de estos pecados, y de todos los demás, no se encuentra mas que en la Iglesia católica.

El Símbolo termina con esta palabra *amen, así sea*. Salida de nuestros labios al fin de nuestra profesion de fe, la palabra *amen* significa: sí, así es; todo lo que precede es verdadero; lo creo sin sombra de duda ni de vacilacion, y estoy pronto á firmarlo con mi sangre. En efecto, á veces nos vemos obligados á sostener nuestra fe con nuestra sangre, como sucedió á los Mártires de la primitiva Iglesia, y como sucede aun á los cristianos de la China ó del Tong-King. En cuanto á nosotros, nos está mandado no solo creer desde el fondo de nuestro corazon, sino tambien manifestar nuestra fe exteriormente en muchas circunstancias ¹. El mismo Salvador nos impuso este sagrado deber cuando dijo: *Todo aquel que me confesare delante de los hombres, le confesare yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos; y el que me negare delante de los hombres, lo negare yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos* ². Hay tres modos de profesar nuestra fe delante de los hombres: 1.º por nuestras palabras y por nuestras obras; 2.º por la recitacion del Símbolo si es necesario; 3.º por la señal de la cruz, que es el resumen del Símbolo y de toda nuestra creencia. Es de obligacion profesar la fe cuando uno es interrogado juridicamente acerca de su creencia; cuando sin ser interrogado juridicamente pueda el silencio interpretarse por una apóstasia y escandalizar al prójimo, y finalmente cuando se tiene que

¹ Rom. x, 10.

² Matth. x, 32, 33.

cumplir un deber exterior de la Religion. En este caso se profesa la fe por las obras, y por el contrario se reniega de ella en un sentido cuando por respeto humano se falta al deber que nos está impuesto¹.

El Símbolo, hé aquí la expresion de lo que debemos creer para unirnos por la fe al nuevo Adán, y participar de los frutos de su redencion, así en el tiempo como en la eternidad. El Símbolo, hé aquí el portentoso medio por el cual el Mesias ha librado el espíritu humano de sus errores pasados, y le ha puesto á cubierto de nuevos errores. El que cree en el Símbolo, cree en la verdad; y el que le niega su fe, se condena á la duda y á las mas penosas y humillantes incertidumbres.

«Yo te saludo, Símbolo católico! fuente de sabiduría, principio de virtud para los particulares, no eres ni menos necesario ni menos útil á la sociedad. ¡Ingrata! ¿por qué desconoce ella tus beneficios? Sol de verdad, tú fuiste el que apareciendo hace diez y ocho siglos en el horizonte del mundo sepultado en las espesas tinieblas del Paganismo, pusiste en fuga el enjambre de ridículos dioses ante los cuales se postraban los filósofos, los pueblos y los reyes. Tú fuiste quien libertaste al género humano de las groseras supersticiones que le degradaban; tú quien le libras de ellas todavía. Tú eres quien, brillando en cada inteligencia que llega á este mundo, de las justas nociones de Dios, del hombre, del mundo, de su origen, de sus deberes, de su destino y de la augusta sociedad que le une con el Padre de todos los seres.

«Sublime expresion de la doctrina del Legislador bajado de los cielos, la sociedad moderna te debe la civilizacion en que cifra su gloria. Las costumbres de los pueblos, sus leyes é instituciones provienen de las ideas y de las creencias; tú fuiste quien, sustituyendo las ideas católicas á las ideas judáicas y paganas, cambiaste la faz del mundo, y diste á las naciones cristianas la brillante superioridad que las distingue. Tú reformaste las antiguas ideas sobre el esclavo, sobre la mujer, sobre el hijo, sobre el prisionero, sobre el pobre, sobre el poder de los reyes y el deber de los súbditos. Parte integrante del Cristianismo, eres tan necesario á la sociedad como al Cristianismo mismo. Tus doce artículos son como doce columnas mas brillantes que el oro, mas sólidas que el diamante, las que ele-

¹ Confitentur se nosse Deum, factis autem negant. (Tit. 1, 16).

«van y sostienen á una grande altura el edificio social en las naciones católicas; conmovida una de ellas, todo el edificio se arruina. «Emanacion de la inteligencia divina, tú diste á la humana inteligencia este vigor, esta elevacion, esta lucidez, principio de sus nobles triunfos en las ciencias. Tú señalaste á éstas su punto de partida, y les proporcionas aun la solucion de sus últimos problemas.»

Hombres, naciones modernas, á quienes el Símbolo católico ha elevado tan alto, ¿por qué no os postrais de rodillas ante tan saludable enseñanza? ¿Por qué, ingratos, la despreciáis? Recorred los Símbolos de los pueblos no católicos, examinad los sistemas de los filósofos, los planes regeneradores de los políticos antiguos y modernos, y decid: ¿qué os atreveréis á compararle, qué os atreveréis á poner en su lugar? ¡Ah! abjurad mas bien errores dilatados y funestos en demasia, reconciliaos francamente con el Símbolo que civilizó el mundo, es decir, que os sacó de la barbarie y que os impide caer de nuevo en ella. Para amarle desde el fondo de vuestro corazon, reflexionad por un instante en las siguientes preguntas: ¿Qué eran las mas célebres naciones del globo en religion, en política, en civilizacion verdadera, antes de la promulgacion del Símbolo católico? ¿Qué son aun en el dia las naciones que no lo conocen? ¿Qué es de los pueblos que lo desprecian? Mirad, á la vista teneis la contestacion á estas preguntas, y esta contestacion, al mostraros el lugar inmenso que el Símbolo católico ocupa en la Religion, en la política, en las ciencias, os llenará de admiracion hácia este beneficio desconocido en exceso, y de gratitud hácia el Dios que se dignó dispensároslo.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme dado el Símbolo para iluminar mi espíritu, y para mostrarme el camino del cielo; hacedme la gracia de que jamás siga otra luz.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me propongo *mostrarme altamente cristiano*.